

La Esperanza de Pavlov

Limpio cuidadosamente mis labios con la servilleta y observo a mi acompañante, que mastica su comida devolviéndome una mirada nerviosa. Esbozo una sonrisa.

—Señor Dorta —balbucea el chico sentado conmigo en la terraza del restaurante—, su hijo me ha pedido que el postre... bueno... que se lo dé yo. Por supuesto, si es un problema, no lo haré.

Asiento con resignación.

—No te preocupes. Aceptaré que me des mi postre. Me enfadaría que quisieras quitármelo —río despreocupadamente, recordando mi ira incontenible en ocasiones anteriores.

Su tenso rostro se suaviza y sonrío agradecido.

Recordé qué me había llevado a llegar a esta situación. Había sido por La Noticia, y todo el dolor que trajo consigo. La condena a perderme en un pozo de amnesia, a convertirme en nadie, un despojo. Hasta que cierto día, mi hijo tomó asiento junto a mí y habló de la monomanía con la que fantaseaba desde La Noticia.

—Vivirás en un mundo que no conoces, rodeado de personas sin nombres, papá... —dijo abatido. —Tras una larga reflexión, formuló su cuestión—. ¿Sabes lo que es un reflejo condicionado, papá?

Fruncí el ceño y sacudí la cabeza.

—Es un comportamiento que se produce como respuesta a un determinado estímulo —aclaró. Con la mirada perdida, su mente razonaba a una velocidad vertiginosa—. Pero, digamos, que hay que adiestrar el cuerpo a reaccionar de esa manera; la respuesta no es natural, pero se puede enseñar.

Lo miré sin comprender. Me atenazó los hombros y habló con vehemencia.

—Tal vez... sólo tal vez... podríamos entrenarte. Es una idea muy vaga, pero... Aún quedan cuatro años. —Aflojó la fuerza con la que me aferraba y continuó con dulzura—. Toda la vida nos han enseñado a desconfiar de las personas a las que no conocemos, papá. Y

un día todos seremos desconocidos para ti. Y cuando tratemos de llegar a ti, de seguir dándote nuestro cariño, de ayudarte... tú nos rechazarás. No puedo soportar pensar que algún día podrías temerme, desconfiar de mí, pensar que querría hacerte daño...

Observé mis manos envejecidas con pesar y asentí sacudido por los sollozos. Él las asió entre las suyas y clavó sus ojos oscuros en los míos.

—Pero podemos intentarlo. Enseñarte que los desconocidos no queremos hacerte daño, que puedes ser feliz entre nosotros... Cuando ya no haya recuerdos y tan sólo queden tus pequeñas manías, tu sonrisa al escuchar a Benny Goodman, las conductas que te han acompañado toda la vida... —la esperanza brillaba en sus ojos—. Es descabellado, pero si pudiéramos enseñar a tu cuerpo a que la felicidad perdure... Papá, yo estoy dispuesto a intentarlo.

Empezó a acompañarme durante las comidas y de vez en cuando traía amigos suyos. Me persuadía para darme de comer: puedo comer por mí mismo, pero sé que algún día será diferente. Así que cedí y acepté la posterior presencia de personas ajenas. Soy consciente de que me pedirá estar presente en el momento de mi baño, y luego empezará a tomar parte en él. Y sé que luego lo harán desconocidos. Y después de estas embarazosas situaciones, mi hijo toma asiento a mi lado y escuchamos juntos los mejores temas del jazz clásico, tarareando y tamborileando con nuestros dedos al son de la música.

Paulatinamente, y con un esfuerzo mayúsculo, voy despidiéndome de la soledad y abriendo mi corazón a la incomodidad. Y para mi sorpresa, cada vez es más fácil.

La química en mi interior cambia, mis reacciones... Cuando el Alzheimer tome posesión de mí y, como un vendaval, arranque cada fragmento de mi ser, me convierta en un simple esqueleto de lo que soy y deje mi mente yerma, espero conservar lo suficiente para seguir apreciando a mis seres queridos, a los que ni siquiera conoceré.

Luchar por ello me permite descansar con la mente tranquila.